



**LIZA MARKLUND**

LA  
**GRANJA**  
DE LAS  
**PERLAS**

«Liza Marklund está en una liga propia gracias a sus historias inteligentes, a su potente escritura y a su visión radical de la sociedad. No hay duda de ello.»

**HENNING MANKELL**

Comienzos de los años noventa. La joven Kiona disfruta de una vida sibilina en Manihiki, una pequeña isla del sur del océano Pacífico y uno de los sitios más aislados del mundo. Kiona trabaja en el negocio familiar del cultivo de perlas, vigilando las ostras y participando en la cosecha. Una mañana, un lujoso yate se estrella en el arrecife que rodea la isla. En el barco, los habitantes encuentran a un hombre herido. Su nombre es Erik y es de Suecia. El accidente del barco no es más que el comienzo de una historia extraordinaria que abarca cinco años y cuatro continentes. Es la historia que plantea preguntas acerca de la búsqueda del sentido y de la pertenencia por parte de la humanidad, sobre el precio de las cosas en esta vida y, sobre todo, hasta dónde estamos dispuestos a llegar para proteger a la gente a la que amamos. Un *thriller* intrépido, una historia de amor, de violencia y de esperanza.

## Índice

Prólogo

MANIHIKI

RAROTONGA

LOS ÁNGELES

LONDRES

DAR ES-SALAAM

HADES

Epílogo

Agradecimientos

## Prólogo

Nadie sabe que estoy aquí. Jamás lo descubrirán.

Me ahogué en la costa de Tanzania hace siete años y medio.

No, no estoy escribiendo desde el otro lado, por mucho que siga convencida de que ese lado existe (independientemente de lo que digan la lógica y la ciencia). A pesar de todo, las personas estamos diseñadas para creer.

Echo de menos a mis hijos. La añoranza es como un dolor físico, un agujero de oscuridad en el centro del pecho.

Esto es bonito, supongo. A medida que pasa el tiempo, cada vez me cuesta más apreciar un entorno que se ha vuelto demasiado familiar.

La soledad no deja de ser una anestesia dolorosa, pero el viento me hace compañía, igual que las olas que vislumbro detrás del palmeral. Los libros que me traje (excepto la Biblia), *Los pilares de la Tierra*, de Ken Follet, y *Menos que cero*, de Bret Easton Ellis, me los he leído tantas veces que ya solo me causan desasosiego.

Nunca había escrito nada, mi papel siempre había sido el de lectora, pero últimamente he empezado a temer por mi salud mental. Mi cuerpo puede pasar varias décadas viviendo aquí, pero la soledad le hace algo al alma, provoca que se ponga a gritarle a las estrellas.

Sé que me están buscando. Nunca dejarán de hacerlo. Lo que he hecho es irreparable. Mi sentencia de muerte no solo me afecta a mí, sino a todos los que me rodean: Papá

Tane y Nikau y Amiria y sus futuros hijos, si los llega a tener. Y también a Johan y a Iva, naturalmente.

Tal vez algún día alguien me encuentre, quizás algún día den con mis despojos en la *makatea*.

Esto es lo que ocurrió.

# MANIHIKI

Llevábamos seis meses de corte de suministros cuando el velero encalló en el arrecife.

Fue a finales de la temporada de huracanes de 1990, justo acabábamos de empezar la cosecha de perlas.

Papá Tane había contratado a dos jornaleros para que hicieran inmersión con nosotros (Riki y Panako Brown, eran familia de Abuela Vaine por parte del padre). Salimos con la gran canoa antes del amanecer. El aire matutino estaba cargado de expectación, creo que los hermanos Brown también podían percibirla. Después de horas interminables ajustando y controlando cabos de anclaje, cuerdas colectoras y ostras, corrientes y oxigenaciones, escoria y boyas, el objetivo final era la cosecha.

Durante la noche había soplado un viento fuerte; habían dado un aviso de ciclón, pero Manihiki quedaba tan cerca del ecuador que casi siempre nos librábamos. La laguna aún seguía revuelta, la visión no era la óptima, pero daba igual, la magia estaba ahí. El mundo de debajo de la superficie era otro, la luz se abría paso por realidades paralelas y hacía que me abstraiera.

Bajamos con linternas y cestas de malla, y recogimos diez o doce cuerdas cada uno, más o menos quinientas ostras, para que Papá Tane pudiera ponerse en marcha con la cosecha. Enseguida estuvo hecho. Nuestra familia no empleaba redes de protección alrededor de las ostras, como solía hacerse. Si bien era cierto que las redes recogían el valioso núcleo si las ostras lo rechazaban, a Papá Tane le parecía que llevaba demasiado tiempo.

Los hombres remaban. Yo iba sentada delante de todo, así que me libré. Las ostras yacían pesadas en la proa y la

popa de la gran canoa. Por mi parte, sentía un cosquilleo expectante en la barriga. Mirándolas por fuera, era imposible distinguir cuáles llevarían una *pinctada margaritifera*. Si teníamos suerte, un setenta por ciento de ellas contendrían algún tipo de perla. Las conchas eran preciosas, cada ejemplar era único. En aquel momento, no podíamos hacer nada más. Me quité las aletas de los pies y cerré los ojos de cara a la brisa. Noté cómo la ropa salada se me iba pegando al cuerpo.

Casi habíamos llegado de nuevo a la playa cuando el disco solar partió el horizonte y Nikau, mi hermano, oyó los gritos desde *tua*, el lado del arrecife.

—¿Hoy tenía que llegar algún barco de Rakahanga? —preguntó.

Luego los demás también oímos los gritos. Pero no entendimos qué decían, solo un coro de voces agitadas. Estiramos el cuello como si pudiéramos ver al otro lado, por encima de las palmeras. Cuando llegamos a la playa, no nos molestamos en varar la canoa en la arena.

—¿Qué pasa? —gritó Nikau asomando la cabeza en el taller de perlas.

Papá Tane, que estaba preparando el tejido para los injertos, interrumpió su labor y alzó la cabeza, desconcertado. Recordé lo que había dicho Mamá Evelyn: que a Papá Tane empezaba a fallarle el oído.

Riki y Panako Brown ya estaban yendo en dirección a la iglesia y yo decidí seguirlos. Incluso Papá Tane dejó lo que estaba haciendo y corrió tras nosotros con su pesado cuerpo. Los gritos se iban intensificando, pude distinguir algunas palabras.

—¡Echad los botes, se va a partir!

Primero solo vi las olas, que chocaban blancas y espumosas contra la quilla, espoleadas por las últimas fuerzas del ciclón. Mi respiración se había acelerado, tras cruzar la isla a paso ligero. Me protegí los ojos del sol con la mano y

miré cuanto pude a las olas titilantes, pero no conseguí ver nada.

—Es un Santana de treinta y cinco pies —dijo Tanga señalando con la mano al lugar exacto al que debía mirar.

Entonces pude verlo.

Era estrecho y alargado, de color blanco brillante, un velero grande con velas arriadas y el mástil roto. El casco estaba encallado en el arrecife con la proa apuntando a tierra, se había subido a los corales y había quedado encajado. El océano golpeaba la popa en un vaivén regular y creciente.

—¡Daos prisa! —gritó alguien detrás de mí.

—¿Dónde está Agente Everest? ¡Id a buscarlo!

—¡El casco se está abriendo en babor!

Las voces se elevaban y bajaban. Tanga se había vuelto a llevar sus grandes prismáticos a los ojos. Era un experto en barcos de vela; soñaba con tener uno.

—Barco americano —dijo sin bajar los binóculos—, cabina y monocasco. Su precio no es desorbitado y es bastante veloz. La botavara es baja, lo cual puede ser un problema.

Ya había varias embarcaciones menores dirigiéndose al velero naufragado. Gracias a Dios, la de Capitán Mareko era una de ellas, era la única de la isla a la que todavía le quedaba gasóleo en el depósito.

—No llegarán a tiempo —dijo Nikau a mi lado.

Observé el barco, pero el reflejo del sol en el agua me empañaba la mirada. No, Nikau debía de tener razón: el casco era demasiado largo y estrecho como para poder resistir otro minuto. Entre el rugido del océano me pareció oír el chirrido de la fibra de vidrio al ceder, pero quizá fueran imaginaciones mías.

—¿Tenemos cuerdas y cabos?

—¿Para qué? ¡No tienen ninguna posibilidad!

—¡Ve a buscarlo, vamos, ve a buscarlo!

Capitán Mareko y sus dos hijos habían llegado al yate. Los chicos subieron rápidamente a la borda oscilante, pude oír que se gritaban cosas el uno al otro, pero no logré distinguir qué.

—¡Hay alguien! —dijo Tanga—. Hay alguien tumbado en la bañera.

Di un paso hacia el mar y oteé el resplandor. Los hermanos Mareko levantaron un bulto incoloro y sin forma. No pude ver qué era, pero supuse que Tanga estaba en lo cierto: debía de ser un cuerpo. Pasaron a la persona por encima de la borda y la bajaron al barco del capitán. Uno de los chicos volvió atrás para meterse en el barco, una séptima ola rompió contra el casco y el yate se venció hacia delante. Capitán Mareko se puso a gritar, otras lanchas llegaron al lugar del naufragio, pero él les hacía señales con la mano para que retrocedieran. El yate estaba a punto de partirse por la mitad. El chico volvió a aparecer con una bolsa de viaje en la mano, saltó por encima de la borda al barco de su padre, quien aceleró a fondo en dirección a tierra firme. Antes de que alcanzaran la playa, el cuerpo blanco del velero se hizo añicos en un último chirrido y se hundió lenta e implacablemente en la oscuridad abismal del exterior del arrecife.

—Kiona —dijo Papá Tane, que se me había puesto detrás sin que me hubiese dado cuenta—. Ve a buscar a Mamá Evelyn.

Di media vuelta y corrí hasta casa. Amiria estaba sentada a la mesa, vestida con su uniforme escolar, escuchando una cinta en un *walkman*.

—¿Dónde está Mamá?

Se encogió de hombros y balanceó la cabeza al ritmo de la música. La canción *Pero no hay gatos en América* se filtraba por los auriculares.

Corrí hacia la clínica. Cuando entré como un torbellino, Mamá Evelyn estaba haciendo inventario de los almacenes.

—Casi se nos han acabado las gasas —dijo—. ¿Podrías ir esta tarde a Tauhunu y...?

Al verme sin aliento, dejó las gasas a un lado.

—¿Accidente?

—Naufragio —dije—. Un velero en el arrecife, una persona rescatada.

Mamá Evelyn fue rápidamente a la consulta de pacientes.

—¿Con vida?

—No sé.

Cogió un estetoscopio y un tensiómetro; luego echamos a correr.

Era un hombre. Lo habían tumbado bocarriba en la playa. Una de sus piernas se separaba de su cuerpo en un ángulo antinatural y tenía una herida importante en la frente. Sus labios estaban blancos y agrietados, tenía la tez quemada por el sol. Mamá Evelyn apartó a los hombres, sacó el estetoscopio y se inclinó sobre el náufrago. Escuchó un momento en busca de latidos y movimientos en los pulmones; luego dijo por encima del hombro:

—¿Cómo podemos sacarlo de aquí?

Ewan Jensen, sobrino de Gordo, fue a buscar una tabla de *bodysurf*. A pesar de que era demasiado corta y de que las piernas del hombre quedaron colgando, cumplió con su función. Cuatro hombres ayudaron a cargarlo hasta la clínica, el resto de la gente vino detrás como un ruidoso tsunami.

Lo tumbamos en la consulta número 1 de la clínica. Mamá Evelyn le ordenó escuetamente a todo el mundo que abandonara la sala mientras ella trabajaba. La puerta y los huecos de las ventanas no tardaron en llenarse de caras curiosas.

—Limpia la herida de la frente para que pueda hacerme una idea de lo profunda que es —dijo.

Me lavé las manos y saqué yodo y compresas esterilizadas. Primero limpié la piel de alrededor de la herida; por úl-

timo, la herida en sí. La mitad de la frente estaba hinchada y amoratada. El golpe había sido considerable, pero la herida no era profunda.

—¿Fractura craneal? —pregunté.

—¿Ves algún líquido claro saliendo de la nariz o de las orejas? —preguntó ella mientras trataba de ponerle una sonda con suero; pero las venas del hombre se escabullían, estaba demasiado deshidratado.

Iluminé sus orejas y su cara con una linterna médica.

—No.

En la pierna sana del hombre, Mamá Evelyn consiguió encontrar una vena donde meter la aguja.

—Esparadrapo —dijo, y yo fui a buscarlo sin perder un segundo.

Fijó la sonda y luego subió a la cabecera de la cama, cogió la linterna y la enfocó alrededor de sus ojos.

Todos los críos de Tukao parecían haber salido de la escuela y se apretujaban con las narices pegadas al marco de la ventana.

—¿Qué estás buscando? —gritó una voz de niño desde una ventana.

—Un hematoma intracraneal —dijo Mamá Evelyn.

—¿Qué es eso?

—Si tiene una fractura craneal, será lineal y probablemente esté sucia —dijo.

El crío pareció considerar que no valía la pena hacer más preguntas.

Le tomé la presión: era tan débil que apenas podía medirse.

—Debía de llevar bastante tiempo tirado en el barco —comenté.

Mamá Evelyn no respondió, volvió a auscultarle el corazón y anotó «pulso 140», «acidosis» y «fallo orgánico» en el expediente.

Le cosí el corte en la frente con puntos gruesos y luego intenté limpiarle la sangre que se le había secado en el pe-

lo antes de ponerle una venda con la última gasa que quedaba en la clínica.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Tanga.

—Ve a buscar a Papá Tane —respondió Mamá Evelyn.

Tanga le ordenó a uno de los niños que corriera a avisarlo.

La pierna derecha estaba rota en varios puntos, al menos dos. Necesitaban a Papá Tane para tratar de colocarla en su sitio antes de que Mamá Evelyn pudiera enyesarla. No nos molestamos en administrarle ningún tipo de anestesia, pues el hombre estaba totalmente inconsciente. Sumando fuerzas, tiramos de la pierna hasta que Mamá Evelyn consideró que las fracturas estaban bastante bien recolocadas. La muñeca derecha estaba muy inflamada y, seguramente, muy maltrecha por dentro. Mamá Evelyn la apretó lo más fuerte que pudo y trató de recolocar los fragmentos de hueso. Yo la ayudé a enyesar el brazo y luego le pusimos un catéter.

Y allí se quedó el hombre, con tubos entrando en su cuerpo por varios sitios y con la cabeza vendada, la pierna empaquetada y colgada del techo. Finalmente, la gente comenzó a retirarse, hambrientos tras el suceso. Nikau y Papá Tane retomaron la cosecha de perlas, había que encargarse de las ostras.

Mamá Evelyn y yo nos sentamos en sendas sillas al lado de la cama, compartimos un vaso de agua y estudiamos al hombre. Yacía inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos cerrados; su tórax subía y bajaba de manera casi imperceptible debajo de la fina sábana. Sus mejillas estaban rojas y peladas, tenía medio centímetro de barba.

—¿Quién será? —pregunté.

—Es más joven de lo que parece —respondió Mamá Evelyn—. Quizá cuarenta. Estadounidense. Europeo... o kiwi. En cualquier caso, no es un navegante demasiado experimentado.

—¿Por qué lo dices?

Se puso de pie.

—Se hizo a la mar él solo a pesar del aviso de ciclón. En esas condiciones, no se puede navegar a vela.

Cuando Mamá Evelyn se fue a ver a Abuela Metua en las afueras del aeródromo, me quedé sola con el paciente. Le fui mojando los labios con agua dulce y le tomaba la presión cada media hora: los valores eran cada vez un poco más altos. Cuando se terminó el suero, cambié la bolsa.

Me pregunté de dónde vendría y adónde pretendía llegar. Recordé el tacto de su pelo, incoloro y suave como el de un niño, al roce de mis dedos cuando le había cosido la herida en la cabeza. La pregunta de Mamá Evelyn seguía resonando bajo el techo.

—¿Por qué se hizo al océano Pacífico en pleno ciclón?

Ya había anochecido cuando Mamá Evelyn regresó.

—Esta noche me quedaré aquí —dijo—. He hablado con Papá Tane, vendrás a relevarme mañana a primera hora.

El paciente permanecía inmóvil y vendado, parecía una momia.

—¿Qué crees? ¿Sobrevivirá?

Mamá Evelyn comprobó el catéter sin responder.

Volví a casa en la oscuridad. El viento me acariciaba las piernas y los brazos, la sal de la inmersión de la mañana se me había incrustado en la piel. Mi cuerpo olía a mar.

Las hogueras alrededor de las casas rompían la oscuridad como moscas de fuego.

Que el barco de Rarotonga llevase dos años sin navegar tenía sus inconvenientes, pero no daños relevantes. Hacía tiempo que se había agotado el gasóleo del generador que suministraba electricidad a toda la isla. El mar y la tierra alimentaban a las personas como habían hecho durante milenios. La luz de las estrellas por la noche, el pescado, los cocos. (En realidad, nunca confiamos en innovaciones como las conservas y el jabón de fregar y los congeladores). La grava de coral crujía bajo mis pies mientras caminaba, era difícil cultivar nada en esa tierra. Las gallinas y los cerdos salvajes corrían en manadas entusiastas por la isla y se comían lo poco que conseguía crecer. Pude oírlos gruñir y cacarear entre los matorrales. Algunas familias, como la nuestra, habían plantado árboles de lima y habían conseguido que enraizaran. Compartíamos sus frutos como habíamos hecho desde tiempos remotos. El pescado se secaba en lugar de congelarse. El chirrido de los alambres don-